

que con pasión tan ciega la quería, por haber descubierto en él, desde el comienzo de su desdichada porfía, la idea de que creía comprar con sus castillos, sus vasallos, sus blasones, el corazón de una joven plebeya. El orgullo se reveló contra aquel hombre y se confundió bien pronto con el desamor más invencible. Deseaba ser solicitada, como toda mujer, por el amor verdadero y no por ninguna otra pasión humana; ceder al verdadero amor y no á ningún otro móvil indigno de su grandeza. Le parecía que el amor puede purificar hasta el crimen pero que ni la santidad del sacramento, ni la bendición del sacerdote pueden santificar un matrimonio sin amor, en que solamente se rinde y se entrega el cuerpo divorciado de la conciencia y del alma. Cuando más empeñada se encontraba en estas contiendas, apareció á sus ojos aquel ser á quien sus gentes y sus vecinos habían creído sobrenatural y en quien ella había visto lo más natural que puede haber en el mundo, un misterioso, sí, pero acendrado amor. La mirada no más de aquel ser, la mirada entrevista como un relámpago, le abrasó el alma. En aquella mirada llena de pasiones diversas se encerró su esperanza, como en nube de fuego, para combatir con todos cuantos la empujaban á unir lazos que no debían atar jamás su felicidad. Débil refugio en verdad era aquel, más también era único. Para mayor desventura, ni siquiera lo tenía en el momento en que más lo necesitaba. La sombra desapareció desde la trágica noche en que hiriera al caballero Guido Montaperto. En vano los ojos de Lucrecia se habían cansado de mirar á las tinieblas y sus oídos de escuchar al silencio de la noche. El deseado fantasma no aparecía en los aires. Su relampagueante mirada no traía aquel calor de esperanza con cuyo auxilio podía combatir y vencer la porfiada Lucrecia. Pero no importaba. Cuanto más el día de su boda se acercaba, más se fortalecía su resolución de no casarse. Por fin, la víspera misma, dispuesta la ceremonia, regulados los contratos, recibidas las prendas y joyas de novia, convidados los parientes, señalada la hora, entre la algazara general, no solo de la casa, sino del barrio, y hasta de toda Florencia, Lucrecia juró en su interior no casarse, aunque hubiera de provocar y de sufrir un grande escándalo.

Mientras Lucrecia luchaba en su estrado, Filippo luchaba en su celda. Si para las almas no hubiera la separación que levanta la existencia de los cuerpos, especie de calizas paredes entre ellas interpuestas, encontraríanse y compenetraríanse aquellos dos seres que se iban buscando por los espacios, como se encuentran y se compenetran allá en los aires la esencia de dos flores brotadas en el mismo ramage. Pero recluida cada alma en su cuerpo, y separadas por tanto ambas, á causa de la impenetrable materia y de la invencible distancia, no logran comunicar la corriente eléctrica que las vivifica y mantiene en el mismo estado de pasión, la corriente de sus mutuos amores. Deceñidas una y otra del organismo que las encadena, puras en su esencia, transparentes como diz que son los cuerpos angélicos; volan-

do por lo infinito á su arbitrio, trasmitiéndose los resplandores de sus ideas como los astros se transmiten los rayos de su luz, aquellas dos almas se hubieran juntado tan necesariamente, cual se juntan las parejas de enamoradas aves en los bosques, y hubieran subido más allá de nuestras bajas tempestades á bañarse en la eterna luz y á vivir de sus ardientes pasiones. Lucrecia quería á Filippo sin conocerle y Filippo quería á Lucrecia sin haberla hablado ni una sola vez. Del ayuntamiento de sus almas dependía por completo la mútua felicidad de ambos. Una fuerza ciega las arrastraba á juntarse; y el mundo y las distancias las tenía separadas. ¡Extraño caso! Mientras Lucrecia pensaba cada vez con más ahinco en resistirse al matrimonio, Filippo pensaba en acogerse al claustro. El alma femenil combatía desesperada sobre la última tabla de su naufragio y el alma varonil llegaba á una resignación fría como la muerte. Bien es verdad que Lucrecia nada sabía de su misterioso amador, mientras Filippo sabía que iba á casarse con Lucrecia; pero una heroica resolución quizá le valiera decidida victoria. ¡Ah! Desconoceríais el alma de ese artista, si desconoceríais estas contradicciones: la resolución heroica en unos momentos y en otros la irresolución femenil; ya la más exaltada té y ya la más torcedora duda; amor en unos días felices y odio en otros días nefastos; el combate más porfiado antes ó después del desaliento y desmayo más femeniles; vuelos misteriosos por el empíreo y encenagamientos torpes en el barro; contemplaciones místicas y goces eróticos; el materialismo y el idealismo más exagerados, como si en su esencia se juntaran los dos polos del ser, en su corazón los dos extremos de las pasiones, en su mente los dos términos antitéticos del pensamiento; hombre y bestia, ángel y demonio al mismo tiempo. La nube, que todavía no se ha formado, pesaba ya sobre el volcán de su cabeza; la chispa de electricidad que todavía no ha corrido por los aires desgarraba ya sus nervios sobrecitados; las emanaciones de los mundos muertos se diluían por sus venas henchidas de vida y se mezclaban á su sangre, verdadero plomo derretido; las esperanzas de los mundos por nacer se agolpaban á sus entrañas y las desgarraban, que hasta la esperanza es dolorosa, cual es doloroso el parto; y así como todas las ideas le punzaban con sus espinas el cerebro, y los relieves y las formas de todas las cosas se entrechocaban como un cuadro disolvente en los globos de sus ojos, el oleaje de todas las pasiones sin freno combatía en su tempestuosa existencia. El no se conocía á sí mismo.

La noticia de que Lucrecia se casaba, le había llevado á los pies del Prior en el punto de volver á abandonar su convento; y la certeza del día y hora en que Lucrecia debía casarse, le llevaba también á designar ese mismo día y esa misma hora para la ceremonia de su profesión. De suerte que en dos iglesias, al pie del altar mayor de San Giovanni, donde debía celebrarse la misa de boda, y al pie del altar mayor del Carmine, donde debía cele-

17
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

brarse la misa de profesion, una toma de hábito y unos desposorios separaban dos almas que estaban destinadas á confundirse en la misma vida por virtud de su mútuo amor. Y Filippo, engañado por las apariencias, ignoraba lo que más le convenia saber, ignoraba la resolucion tomada por Lucrecia de romper á cualquier precio y en cualquier momento la boda repulsiva á su apasionado corazón. Y esta ignorancia del estado de ánimo en que su amada se encontraba, traíale á una resolucion distinta de la suya, á profesar, es decir, á separarse de la mujer adorada, labrando su propia desventura por medio de un juramento irrevocable. El infeliz corría al abismo arrastrado por la fatalidad. ¿Quién hubiera podido decirle entonces que le engañaban las apariencias; que su amor ignorado resonaba en el pecho al cual lo consagraba; que con una palabra podia conseguir la más preciada ventura! Quien le hubiera dicho esto, lo hace feliz y cambia por completo la direccion de su vida. Pero así somos; de igual suerte que costeamos los abismos mas insondables sin saberlo, tenemos cerca de nuestras manos, á su alcance, la felicidad mas completa, y no acertamos á cogerla y saborearla. Pobres ciegos, vemos de una ojeada, lo infinito, y luego tropezamos á cada paso con los obstáculos innumerables que nos opone por todas partes la línea indeleble del límite. Filippo, á fuerza de reflexiones alimentadas en sus desengaños, se iba poco á poco resignando á la vida monástica y comprendiendo la necesidad inevitable de aceptarla. Cuando la parte sensual de su naturaleza predominaba sobre la parte espiritual, dejábase arrastrar por sus ímpetus hastra el extremo de convertir el universo entero en serrallo de sus goces; pero en los momentos en que predominaba la parte espiritual, artística, parecia un monje, y un monje nacido para la maceracion y la penitencia. Oigámosle á él mismo, oigamos esta naturaleza contradictoria que estaba entre el claustro y el mundo, como un náufrago entre las grietas de los escollos y los abismos del mar, combatido por los vientos y arrastrado del tumultuoso oleage.

—Dios mio, has hecho el universo con número, con medida, con proporciones matemáticas; y todas las cosas parecen notas de eternas é incommunicables armonías. Desde la superficie del mar hasta la bóveda del cielo; desde la arenilla removida en las riberas hasta el resplandor perdido en la vía láctea; desde la luciérnaga que en las hojas se esconde hasta el sol que brilla en lo infinito; los séres todos componen una sinfonía, un himno, una epopeya, en cuyas estrofas, cadencias y estancias domina el sacro Te-Deum universal, consagrado por las criaturas á su divino Creador. En esta armonía nos encierra y nos engarza tu Providencia, aunque intente de ella separarnos el capricho ó el arrebató de nuestra libertad. Pobre me hiciste, para que no tuviera otro recurso que el trabajo, y me arrojaste á un convento, á pesar de mis intintos y de mis pasiones, para que no tuviera otra familia ni otra posteridad que mis obras. Aquí, el rumor que sube á la soledad

desde las ciudades; el dibujo que forman los rayos de la luna con los arcos de los claustros; el acento de la campana que cae desde la alta torre sobre el silencio de la noche; la nube de incienso que se lleva en sus espirales bajo las bóvedas del templo, los ecos de nuestras oraciones y los vapores de nuestras lágrimas; la estrella que se retrata en el agua del jardín y la lámpara que refleja en los mármoles del altar; la tosca cruz de piedra cubierta de yedra, bajo cuyos brazos reza el monje, y la humilde sepultura rodeada de ortigas; todo, desde la blanca azucena que se eleva entre las junturas de los túmulos hasta la sedosa lechuza que se oculta en las líneas de la ojiva, todo exhala una poesía divina en cuyos aromas se baña el alma siempre que necesita fortalecerse y animarse para producir una obra verdadera de arte, una de esas obras que merecen perpetuarse en la inmortalidad y añadirse como un peldaño mas á la escala por donde subimos desde la estrechez de lo finito á la inmensidad de lo infinito en nuestro anhelo por el supremo bien y por la eterna bienaventuranza. He combatido conmigo mismo para volver al mundo y me he desplomado bajo el peso de la fatalidad. La miseria, el desamor, la desgracia, el desencanto se han conjurado para enterrarme aquí vivo y traerme anticipadamente el goce de la eternidad. ¡Oh contradicción de las contradicciones! Y yo, que sentia una sangre ardorosa en mis venas, parecida á sávia primaveral; yo, que veía sobre todas las cosas desprenderse en largos encages, como se desprenden de las oscuras larvas en el florido Abril pintadas mariposas, los tejidos de nuevas formas; yo, que adoraba de rodillas los bajo-relieves recientemente encontrados en cordilleras de ruinas y de sepulcros; yo, que escuchaba la cancion traída por los antiguos génios resucitados entre el follaje de nuestros bosques para revelarme el secreto de las artes plásticas; yo, que contemplaba á la Grecia, renacida á nuestros conjuros, entrando con su ciencia de la razon y su elocuencia de la libertad y su cántico de la naturaleza en nuestros cenobios para cambiar el tosco sayal del ascetismo con la perfumada túnica de un nuevo sacerdocio; yo, que predecia exaltada vida á todos los séres, como si mayores combustibles alimentaran el fuego universal que todo lo mantiene, yo voy á encerrarme en las frias piedras bañadas de lágrimas y á sumergirme en el antiguo misticismo por estas contradicciones, cuyas encontradas fuerzas nos condenan á una batalla perpétua.

Ya no tenemos otro medio de escapar á estas guerras sino hundirnos en el no ser. Como en larga noche nos fortalece y repara profundo sueño sin ensueños, único medio de encontrar la paz y la tranquilidad completas, en las desgracias de la vida, lo único que nos fortalece y nos consuela es la muerte con sus sombras eternas. Vida, humana vida, presente solo conocido por los dolores que nos infiere; cenagosa catarata de males y errores; fantasía en la cual buscamos eternamente la felicidad, que solo llega á ser comprendida, cuando no ha sido alcanzada; ascencion continúa, en que

subimos todos los días con esfuerzo y nunca llegamos á la cima con satisfaccion; carrera vertiginosa que comienza por lágrimas y concluye con agonías; eterna trasformacion de jugos, de átomos, de formas, de sustancias, donde todo cambia, ménos la espina que se nos clava en el corazon y la hiel que nos amarga la saliva; cementerio sobre cuyas tumbas las generaciones vivas bailan como en una danza macabra; tropezando con los montones de yertos y mondados huesos de las generaciones muertas; sucesion continua de deseos nunca satisfechos, de ilusiones nunca realizadas, de esperanzas nunca cumplidas; camino tortuoso por cuyas sendas y encrucijadas solamente andamos, sintiendo el dolor propio y husmeando el rastro de dolores que nuestros antepasados nos dejaron, sin otra seguridad que la triste de dejar el mismo rastro de lágrimas á nuestro paso; ¡ah! ¡cómo desea el alma verdaderamente grande que te disipes allí donde una sombra añadida á otra sombra quite la luz á nuestros ojos para que no puedan columbrar los males engendrados por tu eterno movimiento!

Al cabo, contra tí, contra tus tempestades, contra tus tormentos se encuentra en este cenobio un verdadero asilo. El hombre se complace en oprimir al hombre. Aquí está la libertad. La sociedad empaña con sus calumnias el alma. Aquí está el aislamiento. La familia os exige cuidados continuos y os apena con sus desgracias y con sus enfermedades. Aquí está la paz. El afán de brillar, de vencer, de dominar os lleva al dolor de la guerra, y al esfuerzo del trabajo. Aquí está el descanso. Los bramidos del oleaje que agita al mundo os ahuyenta las ideas. Aquí está el sitio de la meditacion. Las tentaciones á cada paso os asaltan. Aquí está la altura inaccesible á todas las mundanales tempestades. La vida es la esponja de hiel y vinagre en los labios, la aguda lanza en el costado, la corona de espinas en las sienas, la cruz sobre cuya fria madera se estiende el cuerpo desgarrado. Aquí está la paz del sepulcro. Nosotros velamos, cuando todos duermen; intercedemos por los infelices y por los desgraciados, cuando todos los abandonan; recogemos la oracion universal de las cosas creadas y la subimos en alas de nuestra palabra al cielo, cuando todos la desoyen; rezamos en las tinieblas de la noche, que las gentes buscan para ocultar sus placeres y sus crímenes; asistimos á la agonía del moribundo y le sostenemos en la última batalla con el dolor; nos postramos sobre la losa fria que el olvido enmohece, llamando la misericordia divina á los huesos abandonados de todo calor y de toda vida; pasamos nuestros breves días en la contemplacion de las cosas eternas; y podemos esperar que desde esta ara el alma se eleve de un vuelo á las alturas luminosísimas de la gloria, donde pueda contemplar, poseida de éxtasis inacabables, las verdades eternas en su pura y misteriosísima esencia.

Pero ¡ah! que todo este paraíso ideado por mi razon tiene un enemigo mortal en mi sentimiento. Al pié de la cruz, junto á la losa del sepulcro,

en el altar donde se levanta la Virgen Madre, bajo las bóvedas del templo, al resplandor de las lámparas, descubro siempre una sombra que de todo este retiro me aparta, y que me llama con su sonrisa al mundo, y que embellece la vida con su presencia mas que todas las oraciones y todos los deliquios: mi amada, idea de mi idea, corazon de mi corazon, alma de mi alma. En este paraíso ella es la Eva que me enseña á poner sobre la árida soledad la compañía de una mujer querida, rodeada de hijos, como de ángeles que la sostienen y que la embellecen. ¡Lucrecia! ¡Lucrecia mia! ¡cuán felices hubiéramos sido los dos en el mismo hogar; las largas noches al amor de la misma lumbre; contemplándonos horas enteras en silencio; viviendo tú de mi vida y yo de la tuya; encerrados en los nidos de nuestros corazones. Pero antes de poder decirte que te amaba, me abandonaste á mi soledad. Antes de poder acercarme á tí, cuando de léjos contemplaba el cielo de tu amor sin poder entrar en él, me vendiste, prefiriendo el mas rico y el mas fuerte al mas rendido y amante, como la leona prefiere al leon vencedor en los desiertos. Si tu esposo me hubiera devorado como un tigre á su víctima, al romper entre sus quijadas mis huesos, al clavarme en las carnes vivas las uñas, al beber con ansia mi sangre caliente, al rasgar mi piel y separarla de mis fibras, no me hubiera, no, lacerado tanto como ahora me lacera, llevándose en sus brazos el objeto de mi amor. Vete, vete en buenahora, mujer que me mirabas con tanto cariño siempre que pude llevar el rayo de mis ojos á tu retiro, vete en buenahora; pero ya que de mi vida te separas, sepárate tambien de mi memoria; ya que dejas de ser mi felicidad, no seas mi tormento; ya que al frio del abandono me entregas, ayúdame tú misma á odiarte, á creerte una ilusion de mis sentidos, para que no esté en la oscuridad del sepulcro con todos los torcedores y todos los tormentos de la vida, guardando mi sensibilidad tan solo para sentir tu desvío. Déjame pues profesar en paz. Déjame acercarme á los altares con la pureza de un alma ansiosa por reposar en esta anticipacion de la gloria. Déjame dormir con sueño que se parezca en lo profundo á la muerte. Y si no pudiera conseguir de tí la paz á que tengo derecho, vengan ahora mismo en mi auxilio los santos del cielo acompañados de los ángeles á darme lo único que ya puedo pedir en la intensidad de mi dolor, el bálsamo de un completo olvido.

Y Filippo se arrojó á los piés del tosco crucifijo, que adornaba su celda, para demandarle de hinojos una resignacion contraria por completo á su temperamento.